EDUARDO BARRIOBERO

EL ROBO
LA JOYERIA
DE LA
CALLE REAL

BARTOLOZZI



EL LIBRO POPULAR

20 céntimos

LUIS MOROTE

Con la muerte de Luis Morote ha desaparecido un gran periodista, un político honrado, un orador fogoso, un hombre todo corazón y generosidad. Pocos como él habían conquistado el favor popular.

La figura menuda y elegante de Luis Morote, se veía en todas partes como si gozara del don de la ubicuidad; su verbo ardoroso, pronto siempre á la dialéctica, resonaba en todo lugar donde hubiera un grupo de intelectuales y se discutiera un problema cualquiera.

Era, sin duda alguna, el espíritu más abierto á las nuevas orientaciones y el español que con mayor frecuencia traspasaba las fronteras.

Artista exquisito, aunque en apariencia desdeñara el estilo, estaba al corriente de cuanto ocurría en el mundo relacionado con la política, la literatura ó el arte. Su mundanidad, lo expansivo y noble de su carácter, se ponía siempre al servicio de cuantos extranjeros ilustres entraban en España, sin reparar jamás en el credo político que profesaban ó la nacionalidad á que pertenecían.

Fué, además, Morote para los periodistas, no un maestro de dominante ó engreída férula, sino un camarada, un hermano accesible siempre al favor y eternamente dispuesto al elogio, porque su orgullo fué sobre todo y ante todo ser periodista. Esto explica que los grandes periódicos consideraran á Morote como cuando compartía con ellos á diario la labor ingrata de la prensa.

El Liberal, donde hizo campañas como las de las guerras coloniales; *Heraldo de Madrid*, del que con Canalejas y Francos Rodríguez, fué alma y vida; *El País* y *La Mañana*, al hablar del inolvidable muerto le dicen «nuestro compañero», justamente orgullosos de que él hubiera honrado con su presencia y con su pluma tan prestigiosas Redacciones.

Nosotros, los que hacemos esta modesta revista, tan enamorados de nuestra profesión de periodistas, que tanto queríamos á Morote, jamás olvidaremos sus consejos, sus palabras de aliento al comenzar y sus sinceros elogios en días de éxito. Jamás se borrará de nuestra memoria su colaboración y siempre recordaremos con orgullo que días antes de morir nos hablaba de una narración de su viaje á Rusia, empezada con el propósito de publicarla en EL LIBRO POPULAR, y que la muerte inesperada no le ha dejado concluir.

El recuerdo de Morote será inextinguible, porque además de sus talentos, poseía una cualidad inestimable: era un hombre bueno, un caballero intachable. Cuando sus hijas, las dos lindas huerfanitas, de que con tanta preocupación oímos muchas veces hablar á Morote, puedan darse cuenta de quién fué su padre, se enorgullecerán seguramente de llevar el apellido que las lega. Y como resumen de la vida de aquel gran periodista, honra de su generación y de su patria, podrán mostrar los periódicos en que aparecen los nombres de los que concurrieron al entierro. Nombres, como el del viejo apóstol Nakens y el del popular ex ministro Sr. La Cierva; nombres que separados por abismos de ideas, y aun de procedimientos, coincidieron sólo cuando se trató de admirar y querer al gran Luis Morote.

¡Descanse en paz nuestro insigne amigo!



EL LIBRO POPULAR
Núm. 19.—13 Mayo 1913

El robo en la joyería de la calle Real

Angulo el pinocentauro

Recuerdo haber escrito alguna vez que un amigo mío, sujeto de gran ingenio, inventor entre otras cosas de una máquina para jugar al tute, llamaba pinocentauros á los comerciantes, porque, á su juicio, son prolongaciones ó modalidades del mostrador y hombres sólo de cintura para arriba.

Viene también aquí á cuento la observación del baturro que dijo: «de medio cuerpo p'arriba cualquiera pué ser santo», pues resultan los mercaderes santos y aun mártires para quien dé crédito á sus lamentaciones sobre la rudeza de los impuestos y sobre la resistencia del público á desprenderse del dinero de buena ley á cambio de las mercancías de ley dudosa.

Estas condiciones brillaban de un modo deslumbrador sobre la persona de don Zacarías Angulo, dueño de la mejor tienda de joyería que hubo en Madrid durante muchos años.

Nació en Guadalajara, patria común de todos los prestamistas sobre alhajas, ropas y efectos que en Madrid han sido. Vino á la Corte, caballero en la mula del tío *Espanta-gurriones*, único medio de locomoción que por entonces había, y se acomodó en el *desolladero* que su pariente don Gerásimo Pérez Angulo tenía establecido en la Cava Baja.

Durante el primer mes no hizo más que barrer la tienda y bajar á la cueva por la noche las ropas empeñadas durante el día. Después comenzó el difícil aprendizaje de esa ciencia compleja y abstrusa que enseña á discernir lo que valen un chaleco usado, un paraguas sin mango y unos pantalones con flecos; á distinguir por la cara los que empeñan por necesidad, de los que empeñan por vicio, y á decir solemnemente «no tomamos» cuando el ne-

gocio no se ve claro por ser la mercancía de mala condición ó porque el empeñante comparezca con aspecto de ratero.

Maduró Angulo en la tienda de su tío; se libró de las quintas por el número y estuvo más de ocho años perdido en el mundo, nadie sabe si en Europa ó si en América, y, por último, cuando apenas contaba treinta, reapareció en Madrid para tomar en traspaso una tienda elegante y céntrica y establecer en ella una soberbia joyería.

Su tío le hizo una visita, y después de haber examinado los escaparates y las estanterías interiores, le dijo:

—Pa mí que tú has robao estos brillantes, estas perlas y estas esmeraldas.

El sobrino le contestó:

—Piensa el fraile que todos son de su aire.

Y se despidieron cordialmente.

Yo no he podido averiguar si en verdad Angulo había robado aquellas piedras preciosas; sé únicamente que no las heredó, ni encontró minas que las produjeran, ni tuvo amantes que se las regalaran. Además por las barbas nevadas del tio rodaron, al contemplar aquéllo, las palabras solemnes de la experiencia subjetiva.

En el piso tercero de la misma casa en donde estaba la tienda, tenía Angulo su habitación. Por las noches, uno de los muchachos, siempre en presencia de Angulo, guardaba en una caja de hierro todas las alhajas, las subía á la habitación del amo, y éste las colocaba cuidadosamente debajo de su cama. Después ponía sobre la mesilla de noche sus dos pistolas, que durante el día llevaba en los bolsillos del pantalón, y se tendía vestido á leer algún pasaje del *Gil Blas*, su libro predilecto.

Los días largos del Sr. Angulo

Desde las primeras horas de la mañana don Zacarías, tocado con una gorra de visera y vestido con una americana cruzada, de corte correcto y unos pantalones viejos, parapetábase detrás del mostrador, después de haber distribuído en el escaparate la mejor parte de sus valiosas mercancías. A modo de cazador experto atisbaba los contempladores de la vitrina y ponía en su rostro el gesto adecuado para recibir á los que llegaban á comprar ó á los que venían á pasar el rato.

—¿Cuánto vale ese *pendentif?*—solía preguntar alguna señora.

Don Zacarías lo sacaba con calma solemne y espectación religiosa; le pasaba el plumero, lo levantaba en alto con las dos manos, como el cura suele en la misa alzar la custodia, para que sus brillantes quebraran la luz y decía, como quien pronuncia palabras litúrgicas:

—Vea usted, señora; catorce mil reales.

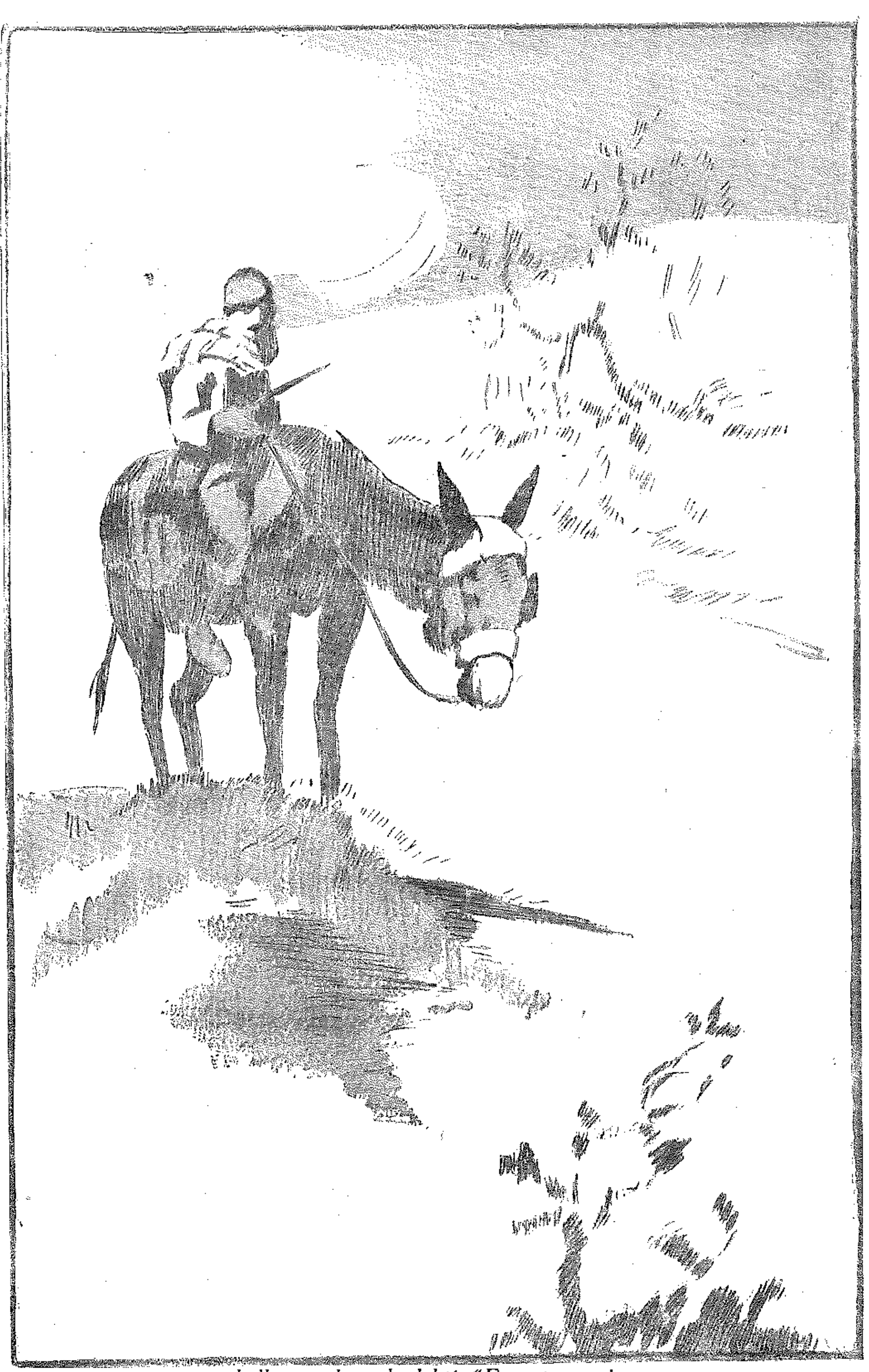
Angulo contaba siempre por reales.

—¡Qué atrocidad!

—Algunos joyeros los tienen de imitación, que, naturalmente, son mucho más baratos. A esas alhajas les llamamos los entendidos *sarna*. Con ellas no se engaña á nadie sino quien las lleva. Yo no tengo más que cosas buenas, y como sin joyas se puede pasar, le aconsejo á usted, señora, que las lleve buenas ó no lleve nada.

El argumento por regla general no convencía á la compradora, y don Zacarías, después de ponerse á los pies de ella, volvía el *pendentif* al escaparate.

Muchas horas más tarde se presentaba



...caballero en la mula del tío "Espanta-gurriones"...

un elegantísimo señor conde, que sin reparar mucho en los precios elegía tres ó cuatro anillos, un alfiler de corbata y una cadena de reloj; pretendía hacerse cargo de las joyas y entregaba una tarjeta al señor Angulo para que á fin de mes le pasase la factura.

El tendero entonces recogía las alhajas como para guardarlas en los estuches, pero en realidad para ponerlas á buen recaudo, y una vez bien sujetas bajo su diestra huesuda, decía dulcemente al parroquiano:

—Dispénseme el señor, pero yo soy un dependiente á quien su amo, que reside en París, tiene prohibido hacer esta clase de operaciones.

El conde se enfadaba mucho y salía de la tienda fulminando al joyero con sus miradas de fuego. Don Zacarías sonriente acariciaba sus alhajas, y les decía como si tuviesen uso de razón:

—¡Pobrecitos! ¡De buena os habéis librado!

□

La especialidad de D. Zacarías Angulo

El lector habrá ya deducido que Angulo no era tonto; ahora verá cómo en algunas ocasiones se pasaba de listo. Se daba el caso muchas veces de que en la tienda entraran un caballero de edad madura y una joven, si no hermosa, por lo menos hermosamente ataviada; mientras los ojos del caballero se distraían en la contemplación de las joyas y de las etiquetas que marcaban sus precios, los de la joven buscaban con avidez los del joyero, los encontraban sin esfuerzo y quedaba de tendero á cliente establecida una secreta inteligencia meramente comercial.

Pagaba el señor dos mil pesetas por una lanzadera ó por un par de pendientes, que en el acto entregaba á la joven; salían los dos, montaban ágilmente en el coche, y algunas horas después don Zacarías recibía de manos de la señorita la lanzadera ó los pendientes y devolvía mil pesetas, comentando con su oficiosa dulzura:

—Crea usted señorita que estos negocios ni aun á medias me convienen. El comerciante lo que necesita es mover mucho, renovar con frecuencia las mercancías.

No era raro el caso de que algunos días después volviera el caballero y en tono de disgusto dijese á don Zacarías:

—¿Se acuerda usted de aquellos pendientes que le compré para Paquita? Pues se los han robado y no sabemos quién. La pobre estaba encantada con ellos. Si tuviera usted otros iguales...

Angulo le daba el segundo golpe al par de pendientes; dos días después el tercero, y siempre con la protesta de que no le convenían esta clase de negocios.

□

El nido de Angulo

Muchas noches decía el señor Angulo á Marcial, su dependiente mayor, cuando bajaban los cierres metálicos de la tienda.

—Ve á cenar y vuelve.

Volvía Marcial una hora más tarde, llamaba en la habitación de su jefe con una contraseña convenida, cercioróbase el joyero por la mirilla, y por fin le franqueaba el paso.

—Ya sabes, Marcial, le decía con paternal acento que no tengo familia ni pienso creármela; si eres honrado y bueno, heredarás mi tienda, y además te repito lo de siempre: yo sé lo que es la juventud, un brillante que no va bien, si no es engarzado en oro y rodeado de perlas; si tienes algún compromiso dímelo como se lo dirías á tu mejor amigo y á tu más fiel compañero, que nunca tendré inconveniente en salvarte.

Marcial se ponía muy encarnado y musitaba las gracias. Don Zacarías, satisfecho, le entregaba las pistolas y salía dejándolo encerrado con dos vueltas de llave.

Presuroso, casi corriendo, atravesaba calles y callejuelas hasta llegar á la del Vicario Viejo, en la que se detenía junto á una casucha de mediano aspecto; saludábale el sereno como á quien paga bien y abríale la puerta. Unos minutos más tarde caía don Zacarías Angulo en los amorosos brazos de su gentil amante.

□

Doña Casilda Pérez y Ladrón de Guevara

Rubia, con ojos negros orlados de pestañas brillantes; corpulenta como la Magdalena de Nattier, de voz dulce y cariñosa, sin arrugas en el rostro, no obstante, sus treinta y cinco junios, con andar solemne de diosa pagana, salía siempre doña Casilda por aquel pasillo estrecho, cuyas paredes rozaban sus caderas opulentas, á recibir á don Zacarías.

Una muchachita paleta, de rostro encendido y rudo y turgentes senos realzados por la toquilla que en todo tiempo llevaba cruzada sobre el pecho, servíales café con leche en el gabinete, y al salir cerraba la puerta cuidadosamente.

No quiero describir la habitación de doña Casilda, porque era como la mayor parte de las que mis lectores habrán visto; una pieza más larga que ancha, con cuatro rincones, dos butacas, cuatro sillas, un sofá, una mesita, una cómoda y muchos cromos en las paredes; no era un nido de urraca, ni un nido de golondrina; más bien parecía un nido de cotorra:

—¿No has salido?—Era siempre la primera frase de Angulo.

—Hubiera pasado por la tienda.

—Y ¿qué haces en casa tantas horas?

—Ya lo sabes: dormir, arreglar mis ropas, hablar con las vecinas por el patio... lo de siempre. ¿Cómo va tu negocio?

—Mal; muy mal. Las alhajas falsas nos están arruinando. En Madrid no hay una peseta. Si no fuera por ti, ya hubiera yo puesto tierra por medio.

—¿Por mí?... Pues vámonos.

—Eso se dice pronto. Tengo muy poco dinero para establecerme en otro país.

—Tienes géneros.

—No son míos. Lo que me apura es eso; dentro de ocho días me vence una letra y aún no sé cómo pagarlas.

—Pues hijo, yo no puedo salvarte del apuro.

—Ni yo lo consentiría. Confío en la suerte, que siempre me ha favorecido, en ocho días aún puedo vender algo que me solucione el conflicto.

—¿Cuánto necesitas?

—Diez mil pesetas.

—No es mucho.

—Un aderezo, una diadema... tengo muchas cosas que las valen.

Y por estas vertientes rodaban las conversaciones de don Zacarías con su amada. Diez años de relaciones habían agotado ya las frases y los vocablos que al principio matizaron sus coloquios amorosos.

En la historia de este afecto era todo vulgar. Angulo, cuando fué dependiente de su tío, la redimió del servicio doméstico, en cuya esclavitud había caído no obstante haber sido sus ascendientes gente principal. La llevó en sus correrías ignotas por el mundo de las aventuras ó de los negocios y cuando volvieron á Madrid decidieron vivir aparentemente separados por conveniencias de la situación que don Zacarías estudió minuciosamente. Doña Casilda se sometió sin violencia; en su caja craneana jamás hubo voluntad.

El anillo de amatistas

Una buena tarde llegó un grupo de señoras viejas, que al parecer formaban comisión, á la tienda de don Zacarías. A la puerta quedó un magnífico automóvil, y el joyero, al columbrarlo, pensó en la letra de cuyo vencimiento hallábase amenazado.

—Ya sabrá usted—dijo la más vieja—que acaban de preconizar Obispo á don Jacobo López, el párroco de la Consolación.

—Don Jaco... bo Lo... pez—repuso Angulo como haciendo un esfuerzo para recordar.—Sí; lo he leído en la *Semana Católica*.

—Ya se ve que es usted un hombre piadoso.

—Desdichado el que desconfíe de la divina gracia.

—Le digo á usted que no sé qué piensan esos gobiernos cuando no mandan á todos los herejes á presidio.

—Había que quemarlos y aventar sus cenizas. Y ya que estamos de acuerdo, ustedes me dirán en qué puedo tener el honor...

—Pues verá usted. Somos una comisión de feligresas, que al saber la preconización de don Jacobo, hemos decidido regalarle el anillo.

—Muy bien; eso es cosa de poco dinero. La amatista es una piedra barata.

—Le prevengo que ahora en los anillos pastorales, se llevan dos en vez de una.

—Es la moda que vuelve poco á poco; ya ven ustedes, San Isidoro de Sevilla usó tres, según he leído en una crónica de su tiempo.

—Y ¿dice usted que las amatistas son baratas?

—Por regla general, sí.

—¡Qué lástima! Nosotras queríamos hacerle un regalo de precio. Ha sido tan bueno...



... un caballero de edad madura y una joven ...

—Fíjense las señoras en que digo *por regla general*, esto es, que también hay amatistas de precio. El valor de las piedras, aparte su lapidación, depende, como el de los cuadros, de su historia. Lleve usted al mercado un Murillo, un Rafael, un Ticiano desde una taberna, y le ofrecerán catorce reales; lleve usted, en cambio, el mismo cuadro desde la casa de un duque, cuyos mayores lo adquirieran como parte de un botín de guerra, y le ofrecerán millones. Si ustedes quisieran gastar una cantidad respetable...

—No nos duelen prendas, señor.

—Yo conozco una dama aristocrática, venida la pobre muy á menos, que tiene dos amatistas históricas: las que llevó en su anillo San Timoteo. Ya se las quisieron comprar hace dos años, pero no se entendieron en el precio; pide por ellas nada menos que quince mil pesetas. Si ustedes quieren les daré su dirección.

—¿Qué os parece?—preguntó la vieja á sus compañeras.

—¿De quién ha dicho usted que fueron?

—De San Timoteo.

—¡Qué impiedad! ¡Vender así una reliquia tan sagrada!

—La pobrecilla pasa para vivir muchas fatigas.

—Pero Dios se las compensará en el cielo.

Cuchichearon las feligresas y resolvieron visitar á la vendedora de las amatistas. Don Zacarías les previno que hasta por la mañana no podrían verla, y les dió una recomendación para doña Casilda.

Las amatistas del anillo

Don Zacarías cerró la tienda una hora antes de lo acostumbrado, encomendó á Marcial la custodia de las alhajas y lo dejó bajo llave con ellas, con sus pistolas y con algunos fiambres para que cenase; marchó luego á la tienda de su tío, y poniendo sobre el mostrador la cartera para demostrar su intención de pagar bien, dijo imperativamente:

—Necesito dos amatistas grandes.

—Ya era hora, hombre, ya era hora de que aportases por aquí; para ti no hay familia, ni *gratituz*—le reconvino don Gerásimo—; para ti no hay más que negocio.

—¿Me da usted las amatistas, que me hacen falta esta noche y van á cerrar las demás tiendas?

—Sí, hombre, sí; llévate aquella diadema que te metieron. ¡Vaya un mochuelo! Catorce años la tengo en casa y no ha habido quien se descuelgue á ofrecer por ella ni agua. Búscala, Doroteo.

—¿Cuánto le doy á usted?

—Veinte duros.

—¡No es usted nadie!

—La empeñaste hace catorce años en siete pesetas; saca la cuenta de los intereses; en todavía creo que te perdono diez ó doce duros.

—Le daré doscientos reales.

—Guárdala, Doroteo, que no pide pan.

—¡Parece mentira!

—Pues es verdá; ya lo ves; la amistá, amistá, pero el burro que no entre en el centeno.

—¡Pero tío! Si se la pago á usted bien repagada.

—No le voy á cobrar á un joyero de postín lo mismo que le cobraría á un marchante.

—Pues buenas noches. Antes que dar veinte duros soy capaz de robarle las amatistas al obispo de Madrid.

—Lo creo, sobrino; eso te acredita de buen comerciante.

Y salió don Zacarías desesperado.

Poco antes de llegar á la esquina de Latoneros, le alcanzó el dependiente de su tío para decirle:

—De parte de don Gerásimo que dé usted doce duros.

Angulo volvió á la prestamía.

—Mira sobrino, parece como que me ha llamao la sangre. Llévatela y que de salú sirva. Creo que en doce duros no tendrás nada que decir.

Pagó don Zacarías, desmontó la diadema con un alicate y marchó casi corriendo á la casa de su amada.

El bendito San Timoteo hace un milagro

Convenientemente instruída por el joyero esperó doña Casilda, vestida con sus mejores trapos, la visita de las feligresas de don Jacobo.

No se hicieron esperar mucho. Minutos después de las once paró á la puerta un automóvil, y muy en seguida llamó en el piso la Comisión.

—La persona que nos recomienda—dijo la que parecía ser presidente—nos ha encarecido las virtudes de usted y á ello nos atenemos para que se ponga en razón y nos ceda las amatistas que llevó en su anillo el bendito San Timoteo. Ya ve usted que no pueden tener mejor destino, porque don Jacobo, con toda seguridad ha de ser algún día venerado en los altares.

—Señora... es el último recuerdo que guardo de mis mayores; para pagar deudas de mi pobrecito padre vendí fincas, alhajas, cuadros y ropas. Las amatistas me las han querido comprar muchas veces; la última llegaron á ofrecerme por ellas diez mil pesetas; pero mi conciencia siempre se ha resistido á cambiar por dinero una reliquia tan sagrada.

—En ese caso debe usted cederlas gratuitamente y el Señor se lo pagará con largueza.

—Me parecería que me había desprendido de mi corazón; ante ellas oro fervorosamente todos los días y cuando las beso siento que mi espíritu se inunda de paz y bienaventuranza.

—El señor sabrá llenar ese vacío.

—Dios y San Timoteo bendito me lo paguen; pero creo que únicamente me desprendería de ellas á cambio de asegurar á mi pobre madre, que está en el santo hospital, una vejez tranquila.

—Dios y el santo Obispo cuidarán también de su madre.

—Precisamente esta noche se me ha aparecido en sueños San Timoteo, como para vigilar sus piedras preciosas.

—O tal vez para recomendarle nuestra pretensión. Vamos, no tenga usted esos reparos, díganos cuánto quiere por ellas.

—Por ser para lo que son, las daría en quince mil pesetas, siempre que ustedes,

que sin duda son personas influyentes, me proporcionen un estanco para dar de comer á mi pobrecita madre.

—¡Oh! ¡Eso es muy caro!

—Señoras, que se trata de las amatistas de San Timoteo. ¿Habrá algo en el mundo que valga tanto como una cosa divina?

—Tanto no podemos pagar, le daremos seis mil pesetas, y procuraremos entre todas proporcionarle esa colocación.

—Lo siento mucho; pero ya saben ustedes que en diez mil pesetas no quise venderlas.

Y duro á duro fueron discutiendo y regateando hasta ponerse de acuerdo. Doña Casilda recibió catorce mil pesetas y firmó un recibo de quince mil, aviniéndose á dejar para los pobres la diferencia entre estas dos cantidades.

La comisión entregó á don Zacarías las amatistas para que las montara en el anillo y doña Casilda puso también en sus manos el importe de la venta. En presencia de los billetes no se pudo contener el joyero, y delante de Marcial estampó un sonoro beso en los labios colorados y fuertes de su amada.

San Timoteo había hecho el milagro de poner un remiendo eficaz al crédito zozobrante de don Zacarías Angulo.

□

Sicut silvæ foliis...

La tienda, el nido, la casa, don Zacarías, doña Casilda y Marcial volvieron á la vida de siempre.

La letra cuyo vencimiento amenazaba este ciclo era de treinta mil pesetas; Angulo no poseía más que quince mil; el librador había tenido á bien denegar una prórroga y en el horizonte no aparecía otro San Timoteo generoso que repitiera el milagro.

Pidió dinero y le dieron buenas razones, ofreció mercancías y se las rechazaron; acudió á su tío y... más le valiera no acordarse de la familia.

Las noches de insomnio llenaban de canas su cabeza, y los días que faltaban para el vencimiento de la letra, eran extraordinariamente cortos, comparados con los demás del calendario.

La caída era inevitable; tras del protesto vendría la ejecución y escribanos y alguaciles cargarían sin piedad con todas las alhajas de la tienda. Un momento pensó Angulo en sus pistolas. Después de todo, apuntando bien, de la vida á la muerte se pasa sin dolor. Pero al instante, rectificó: ¡Que se suiciden ellos! Y resolvió entregarse á su padre el Azar.

Pero el Azar nada disponía para salvarlo y la letra mostraba ya de cerca su filo asesino.

□

La catástrofe de Angulo

Un lunes por la noche compró en la tienda de su tío una capa vieja con remiendos y agujeros. En ausencia de Marcial la escondió en la joyería muy cuidadosamente.

A las siete de la tarde del martes envió



... y muy en seguida llamó en el piso la Comisión...

al muchacho con una carta que había de entregar en propia mano en el Puente de Vallecas.

A las siete y media llegó á la tienda doña Casilda, puesto que así se lo había encargado Angulo al despedirse de ella por la mañana.

A las ocho menos cuarto Angulo bajó los cierres y se aisló con doña Casilda en su establecimiento.

En un saquito que al efecto trajo la dama, colocaron todas las alhajas; en otro mayor los estuches y luego cerraron cuidadosamente la caja de hierro, en consecuencia vacía.

Doña Casilda regresó á su domicilio de la calle del Vicario Viejo y don Zacarías quedó solo con los codos apoyados en el mostrador y la cabeza en las manos.

A las ocho y media regresó Marcial y dijo no haber encontrado al destinatario de la carta.

—Está bien—repuso don Zacarías.—Sube al piso la caja.

Marcial la puso sobre sus hombros trabajosamente y cuando iba á salir, le mandó su amo colocarla sobre el mostrador y salir á la Central á echar la carta.

Mientras tanto Angulo, que sin duda había madurado su proyecto, abrió las cerraduras y dejó la caja sujeta solo por unas correas. Después abandonó un momento la tienda, subió al piso la capa vieja y bajó rápidamente.

Cuando volvió Marcial, le mandó subir con la caja y esperar arriba mientras iba él por tabaco; pero en vez de hacerlo así, con el mayor disimulo subió la escalera, tomó la capa embozóse en ella hasta los ojos y avizoró desde lo alto cuando Marcial comenzaba la ascensión. Al verlo deslizóse á un descansillo y al pasar por allí el muchacho cayó sobre él y le hizo rodar hasta el portal de donde lo recogieron sin sentido. Don Zacarías tiró al suelo la capa y cortó las correas de la caja dejándola en tierra y abierta. Cuando notó que subía la gente se puso á llorar ante ella con el mayor desconsuelo.

Las vecinas piadosas le dieron agua con unas gotas de aguardiente, y cuando pudo imponerse al dolor preguntó por Marcial, de quien le dijeron que había sido conducido á la Casa de Socorro

□

Una cuadrilla de ladrones

Un agente de vigilancia llevó á la Comisaría la capa vieja y el cajón de las joyas vacío y con las correas cortadas. Otro acompañó al mismo Centro á don Zacarías Angulo. Allí le ofrecieron una silla, procuraron calmar su angustia con palabras de consuelo y procedieron á escribir el atestado.

—Mi dependiente—decía y repetía el joyero—después de haber cerrado la tienda, subía con las alhajas á mi cuarto, como todos los días, y sin duda, en la escalera le atracaron los ladrones, pues yo fuí al estanco y sólo llegué á tiempo de contemplar la catástrofe, el desastre, mi descrédito, mi ruina... ¡Dénme ustedes un revólver, que me pego un tiro aquí mismo! ¡Qué voy á hacer yo ahora, Dios mío, qué voy hacer yo ahora!

Marcial fué más explícito en su declaración; cuando subía con las alhajas, con todas las alhajas sin faltar una, y con todo el dinero de su principal, le salió al paso una cuadrilla de ladrones, siete, por lo menos, y el capitán, que cargaron con todo y lo dejaron medio muerto á golpes. No sabía si habían caído del cielo ó si habían salido de algún piso; de lo único que estaba seguro es de que eran muchos, muchos, y de que llevaban trabucos, pistolones, armas terroríficas, formidables.

□

Las activas pesquisas

De la Comisaría que, ahora lo recuerdo, por entonces se llamaba Delegación, y era un asilo de bohemios políticos, muñidores electorales, zánganos de cacicato y bárbaros del Norte, del Sur, del Levante ó del Poniente, según quien gobernaba, mal educados, mal encarados, muy agresivos, poco aprensivos, á veces ladrones, á veces borrachos, á veces alcahuetes y siempre chulos y gorrones; de la Delegación, digo, enviaron el atestado al Juez; el agente Canibalez, que era el mejor pendolista de la casa, escribió lindamente las declaraciones de don Zacarías y de Marcial; depusieron también los guardias, dando fe de no haber visto nada y cerró el expediente con la frase rituaria: «los cacos no an sido vidos».

Para descansar de su faena las autoridades enviaron, sin dinero, por un frasco de vino á la casa de Sixto, y empezaron á jugar al julepe hasta que el Gobernador saliera del teatro; después se marcharon cada uno á su casa, excepto el de guardia que preparó en la oficina su buena cama y se dispuso á velar el sueño de Madrid.



...se reunieron los inspectores y los guardias..

El aguijón

Por la mañana ya nadie se acordaba en la Delegación dal distrito del robo cometido la noche anterior en la joyería de la calle Real, pero la Prensa, que á juicio de quien lleva la capa llena de casualidades, resulta muy escandalosa, salió aquel día con extensas informaciones encabezadas con epígrafes como estos: *Robo inaudito.—La seguridad en la Corte.—La Policía en la higuera.*

Sin embargo, hasta la una de la tarde, nadie se enteró de las agudas y resonantes protestas de la opinión; á las doce iban los Delegados de todos los distritos á recibir del Gobernador la orden, y este alto funcionario, que sí había leído los periódicos, puso encarnadas las orejas en presencia de sus compañeros, al del distrito en donde se había cometido el robo, y exigió de él que si no parecían las alhajas parecieran al menos los culpables.

El aludido á quien llamaban en Madrid *Carpanta*, sin duda por el buen apetito conque hacía sus múltiples refecciones cuotidianas, pidió auxilio á un compañero suyo más experto, y juntos marcharon á la Delegación, en la que entraron con avinagrado gesto, después de encargar en un café contiguo dos tortillas de jamón, dos raciones de merluza, dos bisteques con patatas *á la paja*, dos raciones de queso, dos de dulce, cuatro panecillos y cuatro botellas de vino.

Al mentór de *Carpanta*, no le llamaban *Gazuza*; pero tenía también excelente apetito. Le llamaban el *Callista* porque antes de haber ingresado en la policía por el favor de Romero Robledo, había inventado un aparato para extirpar los callos con poco dolor. Su anfitrión de aquel almuerzo tenía una procedencia más distinguida; fué secretario del Ayuntamiento de un pueblo, y como quisieran procesarlo los concejales por haber puesto algunos adornos caligráficos en no sé qué libramientos, cargaremes y cartas de pago, pidió auxilio á su valedor en la Corte, y acto seguido se le nombró delegado de vigilancia.

Carpanta dió orden de que para las tres de la tarde estuviese reunido todo el personal de la casa y encerróse en su despacho con su compañero y con los bisteques, la merluza, las tortillas, las botellas y los postres.

□

Una batida

Después de bien comidos y bien bebidos, salieron del despacho con sendos puros entre los dientes los dos delegados, al patio en donde habíanse reunido agentes, inspectores y guardias.

—Ayer tarde—dijo el *Callista* en diapasón oratorio—habéis puesto á vuestro jefe en un compromiso; á la hora que más gente circula por la calle Real, se ha cometido un robo, en cuadrilla y con armas, y esto es algo así como una vergüenza para los que formamos el glorioso cuerpo de policía y seguridad.

—Permita ustez que le ataje su palabra honrá—dijo un inspector, cuyo rostro avieso se escondía tras de unos bigotes como dos cepillos de betún,—no se puede repicar y estar en la procesión; catorce guardias los tenemos destacaos al servicio de ministros y personajes, diciocho están rebajaos del servicio por recomendación; nos quedan seis para vigilar día y noche cuarenta calles con sus tabernas, sus teatros y etc., etc.

—Tié razón que le sobra el *Bigotes*; eso no lo ven los de arriba—intervino sesudamente *Carpanta*.

—De todas maneras—continuó el *Callista*,—como la Prensa ha salido graznan-



... lo subía y lo encerraba con las pistolas...

do y el Gobernador le ha echado un rapapolvo á vuestro jefe, hay que dar una batida y sacar los ladrones de ande estén.

—Eso, eso; hay que dar una batida. Vamos á darla—confirmó *Carpanta*, y sacó del bolsillo un papel mugriento.—Que conteste el que sepa: ¿Ande está el *Narices*?

—Cumpliendo veintiocho meses en Ocaña.

—Ese no ha sido. ¿Y el *Piranaón*?

—En el *Espital*.

—¿Y el *Bendito*?

—Lo ha retirao del oficio una señora y se lo ha llevao á Güelva.

—¿Y el *Tufos*?

—Entró de quince el otro día.

—¿Y el *Bastes*?

—De causa.

—¿Y el Niño de los *Quesos*?

—Lo pilló el tren y palmó.

—¿Y el *Malagaita*?

—Ese está en libertá.

—Pues á por él. Siga la batida. ¿Ande tenemos al *Bonito Mayor*?

—En Arcalá.

—¿Y al *Nublao*?

—También pué venir.

—Pa luego es tarde. ¿Y el *Sorche*?

—Salió de naja pa Celipinas.

—¿Y el *Cabezón*?

—De quince.

—¿Y el *Chato Apargata*?

—En Burgos.

—¿Y el *Murgante*?

—De causa.

—¿Y el Chulo del Pañuelo?

—En Zeuta.

—¿Y el *Tenorio*?



—También está cumpliendo.

—¿Y *Don Largo*?

—Se inora.

—¿Y el *Ninchi*?

—Tamién se inora.

—¿Y el *Cabra*?

—Ese está de *cerero*.

—A por él en seguida. ¿Cuántos tenemos pa detenerlos?

—Tres.

—Bueno; pues ya no hay más en lista, de modo que tú me mandarás otros tres ó cuatro de tu distrito, y vamos á darles en la cabeza al Gobernador y á los periodistas.

La nota oficiosa

Por la noche pudo el Gobernador dar á la Prensa esta noticia.

«Merced á las activas pesquisas del delegado del distrito y los funcionarios que están á sus órdenes, han sido detenidos y puestos á disposición del Juzgado como autores del robo en la joyería de la calle Real, los ladrones conocidos por los apodos siguientes: el Cabra, el Nublao, el Malagaita, el Boqueras y el Tizne. Uno de ellos ha confesado su delito con detalles que hasta la fecha eran desconocidos.»

Don Zacarías, tan pronto como leyó el suelto, pidió al Juez permiso para marchar en busca de una colocación, alegando que el robo le había dejado en la miseria; el Juez le dijo que por entonces de ninguna manera podía concedérselo, y lleno de preocupaciones marchó á meditar un plan en la casa de doña Casilda. Por el camino volvió á leer de nuevo la nota oficiosa y encontró, además, este parrafito que antes le había pasado inadvertido:

«Las alhajas no han sido recuperadas todavía; pero se tiene una pista que hace concebir fundadas esperanzas.»

Lo de la pista puso amarillo á don Zacarías; pero como era hombre de recursos, aquella misma noche facturó en seguida para la capital de Francia todas sus joyas, vigiladas prudentemente por doña Casilda Pérez y Ladrón de Guevara.

Declaración de Malagaita

El *Bigotes* fué el encargado de hacer el interrogatorio:

—Vamos á ver, *Malagaita*, ya sabes que yo cuando se puede m' hago el Nicanor con toos vosotros; peroahora nos apretan d' arriba y quió que me digas la verdad.

—Cuentusté con ella, señor Dogracias.

—Tú has sido uno de los que anoche robaron las alhajas y el dinero en la joyería de la calle Real.

—Y un jamón.

—Pos mira lo que son las cosas; eso no constaba.

—Está usté güeno.

—¿Cuántos entrásteis?

—Vamos, hombre, baile usté.

—Déjate de timos. ¿Es que no quiés delatar á tus consortes? Pues te alvierto que los tenemos á todos en la cueva.

—Lo que le digo á usted señor Dogracias y en buena hora lo diga, que yo en eso no estoy pringao.

—Pues mira, si quiés salvarte dime quién ha sido, porque no tengo más remedio que mandar gente á la cárcel.

—¿Ha sido *bicheo* ú *paripeo*?

—Paripeo, con mamporros al chico que las subía al piso.

—¿Al *barbalote*?... Pues eso es un *atraco á la conocida*, que no se pué hacer sin *avispón*.

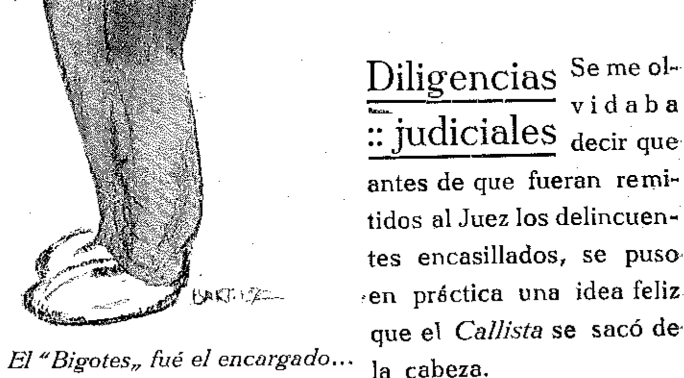
—Bueno; ¿quiénes han sido?

—A los de ese *curripen* no los *jabillo*.

—Mira, Malagaita, dime la verdá, que si no voy á tener que llevarte.

—Créame usted, señor Dogracias: estoy más inocente q'el Cordero Pascual.

—Pues entonces no tengo más remedio que empapelarte; ¡ya te soltará el uez cuando aprebe tu inociencia.

El "Bigotes„ fué el encargado...

—¿Y me va usté á buscar mi perdición, señor Dogracias?

—Ya tú ves: nos aprietan d'arriba...

Malagaita bajó la cabeza resignado y dos guardias lo condujeron al calabozo; el Bigotes recibió declaración á los demás detenidos por el mismo procedimiento, y cuando terminó los interrógatorios le remitió los presos al Juez con un oficio en en estos términos:

«Excmo. Sr. Tengo el honor de remitir azjuntos á V. S. los hautores del robo efetuado ayer noche en la calle Rial, lo cual que lo himos sabido por una confidencia. Al parecer es el jefe de todos el llamado Malagaita, que ha confesao de plano en esta ofecina manifestando que además de las halagas, el dinero y ojeztos de valor, sustrajo tamién un jamón; pero no ha querido de darnos razón de los efetos. Dios guarde á V. S. muchos años.»

Diligencias judiciales

Se me olvidaba decir que antes de que fueran remitidos al Juez los delincuentes encasillados, se puso en práctica una idea feliz que el *Callista* se sacó de la cabeza.

Un agente trajo al pobre Marcial con la cara envuelta en vendas y algodones. Cuando los delincuentes estaban ya ensartados en la cuerda para ser conducidos á la presencia judicial, se los mostró y le dijo:

—Repara bien en ellos; tal vez falte alguno; pero ya parecerá.

Y después, tocando con el bastón á Malagaita en el hombro, añadió con aire de convicción profunda:

—Este es el jefe de todos.

Marcial aseguró que aunque no les había visto la cara, porque la llevaban tiznada y con pobladas barbas postizas, no le cabía duda de que eran aquellos, y los reconocería entre mil si en alguna otra ocasión se ofrecieran á su vista.

Pronunciar la palabra confidencia en materia de enjuiciamiento criminal es como pronunciar la palabra misterio en materia religiosa; ya no hay más allá.

El confidente es sagrado é intangible; no se le puede interrogar, ni se le puede descubrir; el Juez no tiene derecho ni aún á preguntar como se llama. El confidente manda y el Juez obedece; la palabra confidente es el *ábrete sésamo* para las puertas de la cárcel.

A palabra de confidente relevación de prueba, ó por lo menos suspensión de su eficacia hasta el momento del juicio. En el juicio también el confidente acusa entre cortinas, pero por fortuna no tiene voto para influir con él en la sentencia.

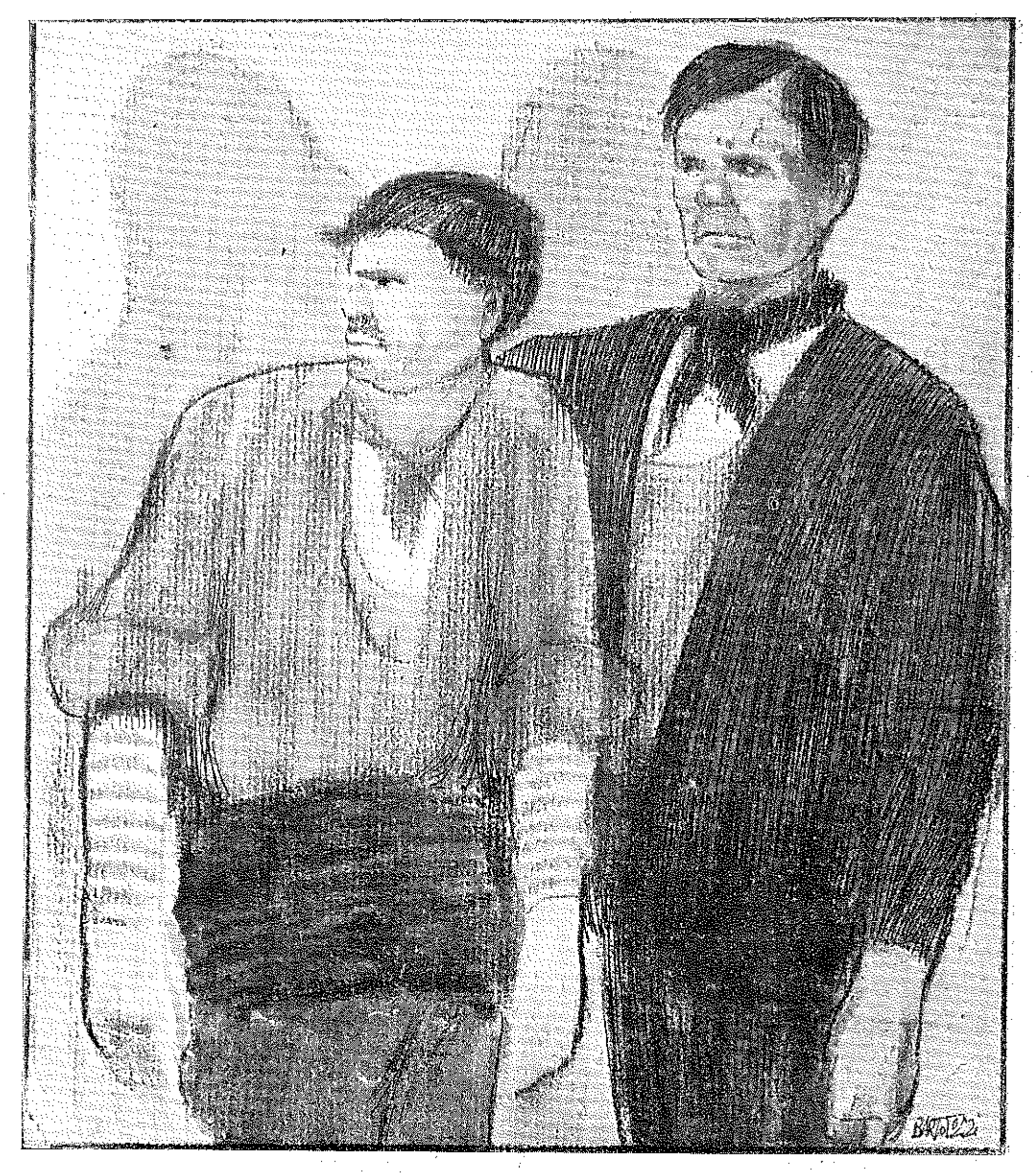
Fueron, pues, todos los cazados en la batida que dieron el *Carpanta* y el *Callista*, encerrados en la cárcel bajo un auto de procesamiento dictado en términos tan severos que les aseguraba la reclusión hasta que la causa se viera.

A Marcial se le llamó para que ante el Juez y el Fiscal los reconociera en rueda de presos y no dudó ni un momento; uno por uno deslindó á los seis de entre el numeroso pelotón de los perseguidos por la Justicia. La confidencia quedó plenamente comprobada; junto á ella se incluyó en la causa una prueba irrecusable y palmaria aun á los ojos de los que dudan del carácter sagrado del confidente.

Angulo, á quien el Juez amenazó en varias ocasiones con llevarlo á la cárcel, si no prestaba el más eficaz auxilio á la acción de la justicia, disculpó su apartamiento de los autos con el temor de una venganza que en su persona tomaran los ladrones si por casualidad eran absueltos por el Jurado; pero cuando se le pidió una lista de las joyas y una relación del dinero que tenía en la caja, la dió muy detallada, tanto que hasta explicó la clase de monedas y billetes en que allí guardaba *sus doce mil duros*...

La inocente doña Casilda

Tan aturdida quedó la pobre señora ante la escalera mecánica de la *gare d'Orleans*, que de pronto olvidó lo poco que del idioma francés sabía, y cuando se decidió á subir tuvo necesidad de sacar del pecho un papelito de puño y letra de Angulo para indicar al cochero la dirección de la fonda en donde había de hospedarse; cuando llegaron le mandó esperar, subió la maleta, tomó posesión del cuarto y salió con el maletín de las joyas ordenando al cochero que la condujese á la sucursal más próxima del Crédit-Lyonnais. De allí salió con el maletín vacío y en la oficina de telégrafos más inmediata dirigió á don Zacarías un parte así concebido: «Colocadas botellas



... conocidos por los apodos del "Cabra" y el "Tiznao"...

en bodega. Espero ansiosa vengas pronto.»

La ciencia, que ha sabido triunfar del rayo y dominarlo y hacerle que se deslice obediente por un alambre sútil, púsolo en manos de doña Casilda Pérez para que pudiese hacer á su amante el presente valioso de la tranquilidad y de la calma.

Volvió al hotel la discreta señora y descansó.

A los tres días, repuesta ya de todos los azares, comenzó á notar que era muy aburrido aquello de oir hablar á todas horas una lengua que para ella resultaba impenetrable, y decidió alargar sus paseos has-

ta Montmartre, en donde le habían dicho que existía un café al que solían acudir españoles y españolas.

Don Simón Ponce de León

Un español, aún no catalogado por Bonafoux, á la sazón se decía diplomático; pero gente bien documentada aseguró muchas veces, algunas de ellas en las narices de don Simón, que no era sino un policía de la Embajada. Tiene en París cerca de cuatro mil; puede ser.

Don Simón vivió hasta sus veintisiete años en su pueblo natal, una vieja ciudad castellana, sin otra profesión que la de hijo de doña Saleta, por ser este el nombre propio de su madre, señora bien conocida por ser el alma de muchas cofradías y archicofradías resplandecientes y retumbantes, en las que manejó y administró con singular acierto los frutos de la caridad ajena.

A los veintisiete años don Simón, en una noche de orgía, se tomó la libertad de hacer una caricia á la alcancía de un gran amigo de su difunto padre, con el honrado propósito de pagar una deuda del juego: fuéronle á la justicia con el cuento y resolvió poner tierra por medio, á fin de que la tinta judicial no pudiera cometer la profanación de emborronar sus limpias ejecutorias familiares.

Vivió en París como pudo; muy mal ordinariamente, hasta que la Embajada le dió á roer el hueso sin medula que usufructuaba cuando en el café de Madrid conoció á doña Casilda.

Esta inocente señora se presentó como una dama, dueña de un capital regularcito, que huyendo de la monotonía y el fastidio, se proponía conocer las principales ciudades del mundo.

Don Simón barruntó un cargo de secretario particular ó de *cicerone*, y se dispuso á cazarlo al vuelo.

—Usted me va á permitir distinguida señora—dijo poniendo en su voz sonoro timbre galante—que solo á título de compatriota la obsequie con un delicado regalo.

Es un frasquito de esencia deliciosa; solo se repartieron una docena entre las señoras que acudieron á nuestra fiesta de anoche y pude secuestrar este para darle mejor empleo.

—¡Magnífico!—exclamó doña Casilda tomando el frasco.—¡Cuánto vale llegar á tiempo!

—Pues yo no he de ser menos—intervino Martínez, otro español de la tertulia—y quiero regalarle á usted otro frasquito exactamente igual.

—¿También estuvo usted en el baile de la Embajada?

—No, señora; ese frasco me ha salido á mí en una máquina distribuidora de regalos que hay en el *faubourg* de l'Odeon. Cuando se le acaben los dos, no tiene más que ir con diez céntimos...

Antes de que terminara Martínez su explicación, había salido don Simón con el pretexto de hablar á un caballero que pasó por delante del café; pero volvió al día siguiente.

Los apuros de don Zacarías

Don Zacarías tenía en Madrid dos enemigos formidables; uno colectivo: las acreedores, y otro individual, el Juez. Si no hubiera sido por éste, ya hubiera sabido él librarse de aquellos; pero el Juez, que sin duda vió algo extraño en el robo de la joyería no le permitió salir de Madrid, y por si quebrantaba la orden le puso vigilancia permanente.

—¡Ah, si el Juez no hubiese ignorado la existencia de doña Casilda!

Condenado á este suplicio de Tántalo, los acreedores le amenazaban, lo perseguían, lo volvían loco, y contra todas aquellas gentes de caballería, veíase obligado el pobre Angulo á luchar á pie y sin dinero.

. . sus paseos hasta Montmartre.

Las forzadas visitas al Juzgado y á la Audiencia llegaron á familiarizarlo con los curiales y aprovechó la situación para solicitar de todo el mundo el que se viera el juicio cuanto antes, arriesgando la probabilidad de que los ladrones fueran absueltos y en venganza... pero no; para eso estaba el tren, que le llevaría raudamente á los brazos amorosos de doña Casilda y á la posesión pacífica y quieta de *sus* tesoros.

Proporcionóse una lista de Jurados y uno por uno los visitó á todos; delante de todos se puso de rodillas y les suplicó lloroso el que condenasen para evitar el que, además de haberle despojado de sus bienes, le quitaran también la vida. Ni uno se le resistió; del pecho de todos aquellos hombres honrados salieron anatemas contra el robo, más odioso que el asesinato, puesto que la propiedad es la base de la vida. «Los hombres—díjole algún sesudo comerciante—los produce á porrillo la naturaleza; pero los bienes...—¡Estése usted toda una vida trabajando para que venga un ladrón con sus manos limpias y le deje en la miseria! El Estado debía indemnizar á las víctimas de los robos, descontando lo necesario de sus sueldos á la Guardia civil, á la policía y á los Jueces...»

Esta teoría le pareció al señor Angulo maravillosa. ¡Lástima que no hubiera una ley así! Con los cincuenta mil duros á que había hecho ascender el valor del robo, y los veinte mil que valían las joyas puestas á buen recaudo por doña Casilda, ni un príncipe. Pero había que resignarse; el Progreso camina muy despacio y todavía las leyes españolas no prestan la debida protección á los hombres honrados.

Añoranzas de doña Casilda

Cerca ya el final de su calvario, recibió el señor Angulo esta carta de su amada y cómplice:

«Mi queridísimo Zacarías: Ya ace casi un año que no te veo. Las botellas sigen en la vodega bien conservadas; á ver cuando bienes, que tengo muchas ganas de berte.

Del dinero que me distes, todavía tengo mucho porque gasto poco, y las moneditas de oro que me dan en el canvio me da pena de canbiarlas y las guardo todas á ver cuando bienes, que hace ya casi un año que no te beo y tengo muchas ganas de berte.

De lo que me dices que si me dibierto, pues no me dibierto ni pizca porque como no se las calles ni entiendo esta manera de hablar de la gente de aquí, pues no salgo de casa y mestoy leiendo el *Rocambole* que me lo ha prestao un señor de la embajada y está en español.

De lo que me dices de no volver á Madri y marcharnos á Cuba cuando vengas, pues me es igual pues no quiero nada en el mundo más que á tí y nos marcharemos ande quieras.

De lo que me dices que ande con cuidao para que no me sonsaquen, pues sólo ha querido sonsacarme ese señor que te digo de la embagada y se ha quedao arreglao porque le he diho que soy una señora de guena posición que viaga pa ver mundo porque se aburre en España.

De lo que me dices que porque no boy al cine, pues ya e estao y me hace daño á la vista y en los teatros de aquí paice que vas á misa, ves las movenciones y sales sin entender una palabra.

—Sin más por hoy que bengas pronto y recive el cariño y la vuena boluntaz de tu

Casilda Pérez.»

La conciencia popular

Llegó por fin el día temido y deseado de D. Zacarías Angulo. Vestidos de limpio, sentáronse los inculpados en el banquillo. Catorce ciudadanos del honrado comercio, porque los de profesiones liberales y los propietarios certificaron todos enfermedades, prestaron sobre los Evangelios el juramento ritual de cumplir bien y fielmente con su cargo, examinando las pruebas sin odio ni afecto y otras zarandajas que de carrerilla dijo el Presidente de la Sala.

Terminada la ceremonia, Matías, el ujier, cogió el Cristo debajo del brazo izquierdo y los Evangelios en la diestra, y salió á comprobar la asistencia de los testigos.

Los defensores y el Fiscal aprestáronse á la batalla, que prometía ser interesante.

En la Sala bullía un público heterogéneo, compuesto de mujeres del pueblo, rateros, campesinos, cesantes, niños y militares sin graduación. En los asientos de preferencia se veían algunas señoras desocupadas y curiosas, periodistas, abogados y empleados de la casa.

Comenzaron los procesados á declarar y uno á uno fueron negando su intervención en el robo; á preguntas de los defensores detallaron minuciosamente en dónde habían estado la tarde y la noche de autos, y explicaron cómo no era posible que el hecho se hubiera realizado en la forma descrita en el sumario.

Esta diligencia produjo en la Sala un ambiente favorable para *Malagaita* y sus compañeros de infortunio.

Subieron después al estrado los peritos, unos hombres admirables que en presencia de los Jueces de hecho y de los Jueces de Derecho y en descargo de su juramento dijeron haber tasado las joyas, que no habían visto, en *ciento noventa mil pesetas.*

A continuación desfilaron el *Callista*, el *Carpanta*, el *Bigotes* y una jauría entera de sabuesos policíacos que, apoyándose en el testimonio infalible del confidente, declararon tener la seguridad más completa y absoluta de que quienes estaban en el banquillo eran los autores del robo.



...como herido por un rayo...

Y compareció tembloroso sin atreverse á mirar á nadie la pobre víctima, don Zacarías Angulo.

—¿Qué sabe usted del hecho de autos?

—Nada, señor; yo nada presencié.

—¿En cuánto estima usted los perjuicios que le han causado?

—Son incalculables, señor; me han hecho cerrar un establecimiento floreciente y en la caja tenía joyas por valor de treinta y cinco á cuarenta mil duros, según factura, y sesenta mil pesetas en metálico.

Uno de los defensores le preguntó á bocajarro:

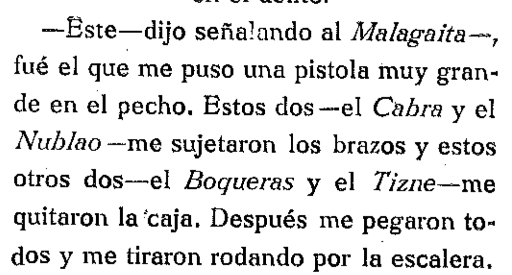
—¿Cuánto importaban las letras que tenía usted pendientes de pago?

Y don Zacarías, que era hombre á propósito para esta clase de contiendas, dirigió en contestación esta saeta al corazón del Jurado:

—Muy poca cosa, señor; yo trabajaba con capital propio... y me han dejado en la miseria.

Un instante de silencio absoluto acarició el dolor del joyero, quien bajó del estrado fingiendo llorar copiosamente.

Para remachar el clavo llegó Marcial á continuación, y sin dudar ni un instante, deslindó ante el Tribunal la participación que cada uno había tenido en el delito.



—Este—dijo señalando al *Malagaita*—, fué el que me puso una pistola muy grande en el pecho. Estos dos—el *Cabra* y el *Nublao*—me sujetaron los brazos y estos otros dos—el *Boqueras* y el *Tizne*—me quitaron la caja. Después me pegaron todos y me tiraron rodando por la escalera.

Los esfuerzos inauditos de los defensores no lograron hacerle rectificar ni una tilde y se retiró del estrado dejando puesto el cimiento de la terrible sentencia condenatoria.

Después ya, cuantos testigos alegaban algo en favor de los reos, eran acogidos

por el público con murmullos de burla y por los Jueces con una sonrisa de incredulidad.

A partir de aquel momento toda la obra de los defensores fué inútil; en la conciencia popular quedó grabada la convicción de la culpa, y sin odio ni afecto, con rectitud é imparcialidad establecieron en el veredicto las bases para que el Tribunal de Derecho tuviera que imponer á cada uno de los procesados la pena de catorce años y ocho meses de presidio.

Don Zacarías se conformó con el *sí* declarativo de la culpa; pues cuando el Tribunal dió lectura de la sentencia, ya pasaba por la estación de Segovia el tren que lo conducía á París, en busca de la ingenua doña Casilda y de las *botellas* cuidadosamente colocadas en la *bodega.*

□

¿Quién de vosotros ha sido?

Después del veredicto y mientras se daba forma escrita y ritual á la sentencia, por orden del Presidente volvieron los procesados á los calabozos.

Al bajar la escalera, *Malagaita* dijo al guardia que iba á su derecha:

—En el bolsillo del chaleco tengo un puro; sáquelo usted pa que se lo fume á mi salú, que con esto de las *pulseras*, ni siquiá puedo ofrecerlo diznamente.

—Se agradece—repuso el guardia retorciéndose los bigotes—, pero la cartilla de la Guardia civil nos dice que no podemos de acetar regalos.

—Mie usté que es de sortija.

—Lo siento; pero nuestra ordenanza es mu severa; en cuanto pestañeas te quitan el pan.

—Bueno; pues ya que no quié usté haceme ese favor, le voy á pedir otro.

—Si está en mi mano...

—Ya ve usté lo triste que será el dir á un presirio como me mandan á mí, sin haberlo comido ni bebido, ni saber una palabra de este hecho; tenga usté la bondá de cerrarnos ahora juntos pa ver si aclaramos quién tiene el gato y que nos ayude á los demás enfelices.

El guardia no vió en ello peligro ni responsabilidad y encerró á los cinco en el mismo calabozo.

Malagaita se constituyó en juez instructor, y después de haber dirigido breves y elocuentes palabras de consuelo á sus compañeros de banquillo, que estaban abatidísimos y algunos lloraban amargamente, puso un gesto sereno y altivo en su rostro y comenzó el interrogatorio:

—Hemos llegao á la hora de la verdaz. ¿Quién de vosotros cargó con el *bují?*

Hubo un silencio prolongado que de nuevo interrumpió *Malagaita:*

—Tos nosotros sabemos que el presirio es la fonda más cara; mejor es cien veces diñarla que ir allí sin posibles, con que vamos á partir lo que se *ganó* en la joyería, ya que nos están repartiendo la pena.

—Que me se caigan las manos aura mismo si yo hi entrevenido en esto.

—Y á mí los ojos si lo hi visto.

—Que me se muera la Rafaila.

—¡Que me den garrote!

A *Malagaita* ya no le cupo duda de que sus compañeros también eran inocentes, y concretó:

—Ya me dijeron á mí en la cárcel que el único ladrón era el joyero; pero hasta ahora no he acabao de convencerme.

—¡Y cuántos habrán ido por el mismo camino que nosotros!—añadió el *Tizne.*

—Que yo sepa el *Mendicuta* está cumpliendo por otra martingala parecida de un comerciante, y el *Pinto* tamién, y con cada uno de ellos han ido cuatro ú cinco desdichaos.

—Lo que es el Jurao pa los robos...

—En cambio ya pués matar á una docena, que como tengas un defensor que *cargue* bien...

—El caso es—dijo con tristeza *Malagaita*—, que si yo sé que va á pasar esto, canto que hi sido yo solo y sus libro. Yo ya voy pa viejo, no tengo más familia que la Pepa y ésta sabe buscárselas bien, y después de to, la vida es algo asín como un tendido del siete, que te lo dan como de sol y resulta que estás cuasi siempre á la sombra.

Sonó el cerrojo; la guardia civil esperó de nuevo á los procesados y los condujo ante el Tribunal para que les notificaran en Audiencia pública la sentencia.

Tan pronto como entraron en la Sala, *Malagaita* pidió permiso para hacer una manifestación y el Presidente le advirtió que no era tiempo, ni lo permitía el procedimiento.

Los jueces legos, que se habían aterrado al ver que de su fallo desprendíanse tantos años de presidio, rogaron al Presidente que no negase al reo aquella gracia, y el digno Magistrado, haciendo una concesión á la piedad, á costa de la ley, puso á *Malagaita* en el uso de la palabra.

—Tengo que decir, excelentísimos señores, que la sentencia que han ditao sus señorías, es justa pa mí; quien lo hizo que lo pague; yo dí el atraco al chico y le gané las alhajas y el dinero; no había tanto como dicen, porque entre pagar mi defensa y comer en la cárcel m'hi quedao sin un botón; pero estos otros son tan inocentes como ustedes, y perdonen el modo de señalar. Yo no lo hi dicho antes, pa ver si nos librábamos todos, naturalmente, pero ya que les han engañao á ustedes la policía y los perjudicaos, lo digo pa que coste y pa que se haga justicia.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!—exclamaron los demás reos coreando las palabras de *Malagaita.*—¡Semos inocentes!

Al cabo de un momento en el que el estupor se pintó en los rostros de los jueces populares, replicó el Presidente:

—La Sala no puede ahora tomar en cuenta esa manifestación, que solo ha escuchado por deferencia. Tienen ustedes defensores hábiles que sabrán recogerla y transmitirla al Gobierno, que es quien puede remediar lo hecho y en su caso utilizará además los recursos legales.

Y el Ponente dió lectura de la terrorífica sentencia.

□

La telegrafía sin hilos

Llegó el Malagaita á su celda y cuando se ocupaba de friccionarse las muñecas con alcohol para quitarse las huellas y los dolores que habíanle producido las esposas, le pareció escuchar una voz que desde lejos pronunciaba un número.

—¡Seis, treinta y dos!—Volvió á oir ya de una manera clara y distinta.

Era el número de su celda. Tomó la manta de la cama, colocó la banqueta en el centro de la habitación y de un salto encaramóse á la ventana. Guardando el equilibrio con una mano, anudó con la otra á dos hierros dos puntas de la manta, formando una especie de hamaca, en la que se acomodó. A continuación encendió una cerilla y la voz lejana hubo de preguntarle:

—¿Estás en la *burra?*

—Sí. ¿Has visto el juicio?

—Hasta que me han güelto al celular.

—¡Pepa!

—¡Qué!

—Verdá que hi estao güeno en l'último qu'hi dicho.

—Super. ¿Y cómo no me habías dicho nada?

—Ya tú ves.

—Pues mándame á decir ande tienes el gato pa sacarlo y mandarte el aviso; yo me arreglaré pa *pulir* las alhajas.

—¡Ay que pava! ¿Tamién tú has caído?

—¿Te quiés golver atrás?

—Pero si es que tós semos inocentes y dije eso pa salvar á los demás.

—Valiente primo.

—Lo mío nadie me lo quita y si quedan en la calle, algo favorecerán.

—Paice mentira que no estés desengañao de los hombres.

—Ya ves la desgracia que nos ha caído y ahora sin estar pringaos denguno.

—La Rafaila me ha encargao que te diga si quiés escotar pa reunir treinta duros y echarlo á recurso.

—No quió más justicia.

—Pero si sus han condenao sin prebas.

—Se conoce que no les hacían falta.

—¿Qué quieres que hagamos entonces?

—Pues mira: ¿Se oye bien?

—Sí.

—Es que no corre prisa y te lo puedo decir en la primera comunicación.

—Dímelo ahora.

—Pues que vayas á la Delegación á ver al *Bigotes* y le pides por su madre si la ha tenido, ó por lo que más quiera en el mundo, que me acumule el primer robo que haga en Madrid.

—Pero... ¿te has vuelto loco?

—Has lo que te digo, que te hablo con formalidad.

—Lo que es yo no pido eso.

—Pídelo, no seas tonta, que nos conviene.

—¿Pa qué?

—No te lo debía decir; pero te lo diré para que veas al *Bigotes*.

—Habla:

—Pues mira: tengo catorce años; con seis ú ocho que me animen por lo que me acumule el *Bigotes*, pues al igual de ir á Ocaña ú á Burgos á morirme de asco, voy á Zauta y lo primero estoy suelto y lo segundo, si me conviene me paso al moro.

—Y yo, ¿qué hago?

—Pues venir á Zauta si te conviene y si no, te vas á la Vicaría y por cuestión de unos trainta y dos riales, nos descasan.

—Guasón.

—¿Irás á ver al *Bigote?*

—Iré.

—Cómprale un puro de á peseta.

—Ya sé yo cómo tengo que tratar á las presonas.

—Pues ahora á casita, y mañana les quitas á esas la voluntad de echarlo á recurso.

Y cuando terminó el diálogo amorosamente sostenido entre *Malagaita* y su coima, sólo rompió sítmicamente el silencio de la noche, la voz vibrante del centinela, quien daba fe del cumplimiento de su deber, clamando cada cinco minutos.

—¡Alertaaa!...

Apoteosis de Marcial

El ex dependiente de don Zacarías Angulo, pensó un momento que con exhibirse al público en el juicio oral había hecho su suerte.

Ya de noche salió de la Plaza de las Salesas. Su ex jefe, al despedirse, le había entregado un billetito de cinco duros y al calor de este revulsivo, descendió gallardamente por la calle del General Castaños á la del Barquillo. Al entrar en esta vía, una muchachita subía, de rostro agradable, bien calzada y envuelta en un mantoncillo negro, que delataba más bien que encubría las curvas de su busto, le salió al paso con esta frasecita de cariño.

—¿Conque usted es la víctima de esos bandidos?

—Sí, señora.

—¡Pobrecito!

—Vaya un rato que le harían á usted pasar.

—Creí que me mataban.

—Bien podrían haberse conformao con las alhajas de su amo.

—Es que, si primero no me dejan sin conocimiento, ya nos hubiéramos visto.

—En fin, lo pasao, pasao.

—Pero que no me vuelvan á salir al paso, porque si llevo un revólver.....

Poco á poco, la conversación pasó de las cosas á las personas; hablaron de ellos y... como era de esperar, al día siguiente se separaron en la farola de la Puerta del Sol, con la promesa más firme de volver á encontrarse.

Por la noche, Marcial observó por primera vez en su vida y con indecible amargura, que cinco duros son muy poco dinero. Desde el día del robo quedó convertido en una especie de secretario particular de don Zacarías, y éste le suministraba lo necesario para su vida. En aquél momento, ante las tres pesetas que le quedaban para siempre, recordó que tenía un oficio y resolvió pedir trabajo.

Una por una recorrió todas las joyerías; al pedirle antecedentes no podía menos de confesar que era el dependiente del joyero robado, y esto bastaba para que le dieran con la puerta en las narices.

Don Zacarías había dejado en pos de sí un mal sendero.

Y llegó el pobre Marcial á encontrarse en la miseria; fueron con él las frialdades del refugio, y las amarguras de los días sin pan y de las noches sin cama.

Sin duda para desviarse de un presente abrumador, evocó en una madre de perdurables, vagar los recuerdos gratos de su vida, y vino á su memoria la Delegación. Recordó al *Bigotes* que le había tratado como un padre cariñoso.

Venciendo la resistencia de un cancerbero uniformado que guardaba la puerta, logró avistarse con el *Bigotes*, quien le

recibió tendido en un canapé de palma.

—¿Qué traís por aquí?—le dijo secamente.

—Pues ya ve usted, que no encuentro trabajo, ni tengo dinero, y como no he nacido para golfo, vengo á ver si aquí.....

—Pero tú ¿quién eres?

—El dependiente de la joyería que robaron el año pasao. ¿No se acuerda usted cómo los reconocí á todos en el juicio?

—Sí, sí; ya caigo. ¿No tienes ande dormir?

—No, señor.

—Pues mira: haste una cama con esas sillas, y si tiés gazuza en aquel rincón hay medio panecillo y un poco vino. Mañana cuando venga el jefe, veremos si tiene algo para ti. Muy joven eres...

Marcial comió y durmió á pierna suelta hasta los once de la mañana, que lo despertaron avisándole que el excelentísimo señor *Carpanta* se dignaba recibirle.

—Y ame han comunicao—le dijo cariñosamente el Delegado—quién eres, que estás pasando las *morás*, y que antaño nos prestastes un buen servicio. Un hombre así no tié derecho á morise de hambre. ¿Quiés ganarte el piri de verdá?

—Yo, sí, señor.

—Pues empezando joven llegarás á ser un buen policía; pero ahora no pués pasar de confidente.

—Yo lo que usted quiera.

—Pues cuenta con dos pesetas diarias tos los días; toma las de hoy. Ahora, primeramente, te vas á la calle de Toledo, á la tienda del *Botijo;* por seis gordas te compras una garrota y dices que te la recorten á tu medida, y te echas á vivir entre la gente maleante para venir por la noche á contarnos lo que veas y oigas. ¿Estás conforme?

—Yo, sí, señor.

—Pues arrea, que ya has tomao posesión del cargo.

El robo al joyero de la calle Real

Y llegó á París don Zacarías Angulo. Avaro de tiempo tomó en la estación un automóvil y se hizo conducir á la *Rue Laferrière* á la *pensión de familias* en donde se alojaba doña Casilda.

Subió de dos en dos los escalones, dió á una muchacha el nombre de su amada y cayó al suelo como herido de un rayo cuando el patrón, que decía hablar español se adelantó á contestarle:

—Doña Casilda Péres y Ladrón de Guevarra se marchó allá, hace un mes y quince días, á los Estados Unidos de Amériga con su marido don Simón Ponce de León...

GACETILLA SEMANAL

París, para los españoles

París está lleno de personalidades españolas. Medio Madrid se ha trasladado á las orillas del Sena aprovechando que durante cuatro días España será la actualidad. Nuestra bandera ondea en las decoraciones ferroviarias y callejeras, y todos los periódicos y revistas publican retratos de D. Alfonso.

París en estos momentos parece nuestro; lo espoñoles se pasean *fiers* mirando por encima del hombro á los demás extranjeros y hasta á los mismos franceses. En el Boulevard, en los cafés, en los teatros, en el Bosque, en todas partes, se ven compatriotas orgullosos porque se figuran que todas las miradas están puestas en ellos. ¡Y como gritan! Ya es una costumbre nacional el hablar á voces, pero ahora es preciso que sepan los traseuntes que por allí pasa un hijo de Cartagena ó de la calle de Jacometrezo.

Entre otras personalidades hemos visto:

D. Leopoldo Romeo sentado en la terraza del Americano, ocupándola casi por completo. El director de la *Corres* tenía un gesto admirable de capitán vencedor.

—Aquí no hay periodistas,—parecía pensar ante un gran paquetes de diarios puestos sobre el velador,—aquí no habrá periódicos hasta que yo funde uno con ocho máquinas, cada una de las cuales lance treinta y dos periódicos diferentes en siete tintas y una edición para cada hora del día y de la noche.

Romeo es un espíritu emprendedor como existen muy pocos en nuestra España rutinaria. Activo, enamorado de las innovaciones, inquieto, sería capaz de acometer la obra de un cotidiano en París con vistas á matar el *Temps*. Pero como en París no encuentra medios para realizar ninguno de sus fabulosos proyectos, cuando vuelva á Madrid, es posible que esa ansia de innovaciones tenga por resultado el derribo de varios tabiques en la casa de la calle del Factor para que lo que hoy es patio de máquinas, sea Redacción y viceversa.

Doña Julia Fons acompañada de un caballero de rostro erisipeloso, asiste á las funciones teatrales con un grandioso mohín de indulgencia para les actrices. Viendo á la Sorel ó á la Rejane, doña Julia parece decirse:

—Si supieran que está aquí la rimera tiple de Eslava...

Y guarda el incógnito por evitarles que se «corten».

En pleno Boulevard, José Juan Cadenas luce un sombrero hongo gris, que es el último gris de la moda primaveral.

El Sr. Méndez Alanís, ya he dicho en *La Tribuna* que no perdona ningún «cabaret» al que concurran peripatéticas á fin de prevenir los peligros que en ellos se encierran para un joven como D. Alfonso. Yo he visto una noche al Sr. Méndez Alanís en el Moulin Rouge y después en Tabarín, Rat Mort, La Feria, Le Grelot, y siempre tratando de captarse las simpatías de las pecadoras, si bien con propósitos investigadores. El Sr. Méndez Alanís es ya casi tan popularidad en Montmartre como monsieur Lepine. Los camareros y damas galantes de los cafés alegres le llaman «monsieur le prefet madrilenne», y estas palabras tienen la virtud de iluminar el rostro de nuestro primer policía. Indudablemente el señor Méndez Alanís es un policía á la moderna; con su barba blanca tan bien cuidada, embutido en su gabán levita de corte irreprochable, con una camelia en el ojal y la sonrisa más amable en los labios, nadie diría que viene á descubrir terribles complots revolucionarios.

Casi tan moderno como el jefe, es el subordinado Sr. Gullón, aunque una cierta obesidad le resta algo de porte mundano y en cambio recuerda el característico garrote de nudos.

A estos dos ilustres funcionarios debemos el que todas las noches resuenen en las orquestas de zíngaros la Marcha Real y la Serafina, á cuyos acordes bailan el tango argentino las peripatéticas y los parroquianos.

Decididamente, París es español por unos días. Por el Faubourg Montmartre pasean muchos compatriotas nuestros de vida milagrosa, pensando si no habrá llegado el momento de echar á los parisinos y escribir á Romanones para que nombre gobernador á Méndez Alanís. Y luego dirán que la raza degenera...

Javier Bueno

París, 26 de Abril de 1913.

El Libro Popular

Revista Literaria

Que publica todos los martes una novela ilustrada, completa y rigurosamente inédita

Director: F. GOMEZ HIDALGO

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. *El hampón*, por Joaquín Dicenta.
2. *El milagro*, por Vicente Blasco Ibáñez.
3. *El retorno*, por Antonio de Hoyos y Vinent.
4. *Flérida*, por Cristóbal de Castro.
5. *El amor de Doria*, por R. López de Haro.
6. *Del abismo, al amor*, por Benigno Varela.
7. *Su Majestad*, por José Francés.
8. *La intrusa*, por Manuel Bueno.
9. *La araña*, por Ramón Pérez de Ayala.
10. *El ruso*, por Ramón Gómez de la Serna.
11. *A los treinta años*, por Eduardo Zamacois.
12. *La primera de abono*, por Antonio de Hoyos y Vinent.
13. *Los piratas de los barrios bajos*, por Eugenio Noel.
14. *Chamberí, por Fuencarral*, por Pedro de Répide.
15. *Mi Dulcinea*, por Carlos Miranda.
16. *Tres líneas del «Matín»*, por Alberto Insúa.
17. *El obstáculo*, por Luis de Val.
18. *La piel*, por A. Hernández Catá.
19. *El robo en la joyería de la calle Real*, por Eduardo Barriobero.

En el número próximo se publicará

EL CABALLO BLANCO

Novela por J. FRANCOS RODRÍGUEZ

SEGUIRÁN:

El libro de las cacerías, por Rodrigo Soriano.
Así, por el Doctor Wilde, ministro de la Argentina en España.
El niño judío, por Angel Guimerá.
Mama Jesusa, por Antonio Zozaya.
Su Excelencia, por Pompeyo Gener.

PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADAS, CON LUJOSAS TAPAS, ACABAN DE PONERSE A LA VENTA COLECCIONES DE «EL LIBRO POPULAR» EN 1912, QUE CONTIENEN VEINTICINCO NOVELAS DE LOS SEÑORES

Joaquín Dicenta - Condesa de Pardo Bazán - Luis Morote - Antonio de Hoyos - Carlos Miranda - Antonio Zozaya - Emilio Carrere - Antonio Domínguez - Felipe Trigo - Carmen de Burgos - Sinesio Delgado - López de Haro - Antonio Viérgol - Eduardo Zamacois - Gómez Carrillo - Asensio Más - Fernández Villegas - El dueñe de la Colegiata - Eugenio Noel - José Francés - Angel Guerra - Pedro Mata - Colombine - Javier Bueno.

Precio de la colección encuadernada: 7 ptas.
Tapas sueltas para encuadernar: 1,50 ptas.

MADRID	PARIS	B. AIRES
P.° de las Delicias, 60	Bd Saint Germain, 168	Estados Unidos, 2065

Talleres particulares de EL LIBRO POPULAR.